

Notas sobre arquitectos en Murcia, y noticia del escultor Pedro Federico

Para complementar con nuevos datos sobre los maestros de arquitectura en Murcia las notas publicadas en otra ocasión (1), se dan a continuación breves referencias documentales relacionadas con la actividad de varios de aquellos, en su mayoría nombres no conocidos en la historiografía artística local. Cronológicamente, los que pueden incorporarse al catálogo regional son los siguientes:

BARTOLOMÉ SÁNCHEZ.—Fue el autor del claustro de columnas del demolido convento de Carmelitas Calzados, que construyó con mármol de la Sierra de Filabres desde el 11 de abril de 1619, en que lo contrató por el precio de mil cuatrocientos reales (2).

MELCHOR VALLES.—Se titulaba maestro de cantería el 26 de septiembre de 1629, al decir que estaba haciendo las Casas de Ayuntamiento de Cartagena, por muerte del arquitecto Damián Plá, recibiendo dos mil reales de Jerónimo García Botija y Juan de Aguirre, maestros del mismo oficio en la ciudad citada (3). Murió Plá, el arquitecto de la Santa Cruz de Caravaca, en 1629, y le sucedió en la obra José Vallés, quizás hermano de Melchor; éste tuvo relación con el escultor Juan Sánchez Cordobés.

ANTONIO GARCÍA DE LA VEGA.—Por escritura otorgada el 31 de agosto de 1653 (4) se comprometió en unión del carpintero Juan de Ibarra a reparar las bóvedas del trascoro de la Catedral de Murcia, según encargo y mandato del Obispo Zarzosa; cobraría mil doscientos cincuenta ducados, e intervino en el aprecio el también maestro de cantería Pedro Milanés (5).

JUAN FOUQUET Y VERDE.—Era maestro mayor de arquitectura, y natural de Elche. El día 1 de febrero de 1701 se comprometió a demoler la iglesia vieja

(1) «Maestros de Arquitectura en Murcia»; Murcia, 1942.

(2) Ante Ginés de Fullea, fol. 346.

(3) Ante M. González. Sobre Juan de Aguirre v. «Artistas y artífices levantinos», de Espín Rael (Lorca, 1931), pág. 95. El nombre de García Botija es nuevo. Sobre Damián Plá—apellidado Plán erróneamente por Baquero—, v. op. cit. pág. 432, y «Profesores» de Baquero (Murcia 1913), pág. 88.

(4) Ríos, fol. 329.

(5) Sobre éste V. Espín, op. cit. pág. 104.

de las Agustinas de Almansa (Albacete), construyendo otra en el plazo de tres años y en precio de tres mil ducados (6).

PEDRO RUIZ ALMAGRO.—Fué llamado el 14 de mayo de 1717 al Monasterio de San Pedro, de los Jerónimos, en La Nora, a la presencia del Cardenal Belluga, con el cual se concertó a hacer la iglesia nueva de Peñas de San Pedro, por estar la otra «situada en la eminencia de la Sierra inmediata al castillo, padeciendo los vecinos el vatidero de los recios y fríos vientos y nieves, y en el verano la yncomodidad del calor». La daría acabada en dos años y tendría ciento sesenta palmos de largo, cuarenta de ancho y sesenta de altura, cobrando treinta mil quinientos reales (7).

Una nota de Baquero, puesta en el artículo que en sus «Profesores» dedica a Jaime Bort (8), dice que éste trazó y construyó dicha iglesia; lo cual no concuerda con el documento citado, a no ser que después se desistiera de Almagro; y entonces no se hubiera hecho la obra hasta alrededor de 1740-48... Mas creo que no intervino Bort para nada en Peñas de San Pedro.

JOSÉ CALVO.—Nombrado maestro alarife, que en el día 1.º de octubre de 1717 acometió la terminación de las obras de la iglesia de Santa María de Gracia, en Cartagena, fábrica de nulo interés y menos belleza (9).

JUAN REAL.—Figura como arquitecto en cuentas del año 1723 de la iglesia parroquial de Alcantarilla (Murcia).

JERÓNIMO ALVAREZ.—Sobre la breve referencia de Baquero (10), añádese ahora que era hijo de Juan Alvarez y Ginesa Botía, naturales de Mula (Murcia), y que estuvo casado con Antonia Pacheco; tuvo tres hijos, Juan, Josefa y Micael, de los cuales el primero fué carmelita descalzo en esta ciudad con el nombre de Fray Juan de San Alberto. Vivió en la parroquia de San Antolín, en donde falleció el mes de agosto de 1723. Otorgaron testamento por poder su esposa e hijo religioso el día 23 de dichos mes y año (11), y fué enterrado en el desaparecido convento de «Teresos», reforma de la Santa abulense.

JUAN SOLERA LÓPEZ.—Era hijo de Martín Solera; éste había rematado la obra de la iglesia de Ojós (Murcia) en enero de 1765, la cual pertenecía a la Encomienda del Infante D. Luis en Ricote, en precio de 45.454 reales. El 16 de junio de 1766, Juan Solera declaró haber intervenido el año 1758 en el remate, en nombre de su padre, y que por haber muerto éste, ya que está construída casi la mitad, desea continuarla él (12).

FRANCISCO MORENO.—Se trata de otro arquitecto desconocido y del cual pueden ahora señalarse dos obras: las portadas de la iglesia de Santa Eulalia,

(6) Ante Miguel de las Peñas, fol. 1. Debía ser, por los apellidos, hijo y sobrino de los arquitectos Fernando Fouquet y Francisco Verde (muerto en 1674) constructores de la Arciprestal de la Asunción en Elche. Baquero (pág. 77) anota a Pedro Gascón como constructor del convento Agustino de Almansa, en la tercera década del XVII. ¿Será mas bien el autor de la bella portada barroca?

(7) Ante M. de las Peñas. Baquero habla de él en su obra citada, pág. 173.

(8) Pág. 197.

(9) M. de las Peñas, fol. 359.

(10) Op. cit. pág. 148.

(11) Poder del día 15, ante Pérez Mesía, fol. 162.

(12) Ante B. J. Navarro, fol. 14.

de Murcia. La primera que hizo fué la menor, del Norte; el 17 de junio de 1764 se obligó a hacerla en su orden dórico, con zócalo de piedra negra «que no ha de ser de Maiaio ni de otro lugar salitroso», en precio de mil novecientos reales y para darla acabada en 15 de julio inmediato. La planta y perfil los había hecho D. Juan Guert, ignoto artista hasta el presente (13).

Al año siguiente, el 28 de julio de 1765, se instruyó una información a consecuencia de haberse celebrado el 21, a las cuatro de la tarde, subasta para construir la portada nueva en la misma parroquial. Alguien ofreció hacerla por trece mil reales y Francisco Moreno dedujo mil al encender la candela sin que se rebajara la postura, adjudicándosele a él la construcción, con la fianza de Silvestre Varo y Francisco Pérez.

De las dieciséis condiciones que se establecieron, las relacionadas con la misión del arquitecto eran: que sería toda la portada de piedra franca grani-menuda y no pajiza; que el zócalo sería negro y de cinco palmos de altura; que la escultura habría de ser de cuenta del rematante, y que «la talla ha de ser a satisfacción de Pedro Navarro y la escultura a la de D. Pedro Federico, y si se trabajase por cualquiera de ellos dha. talla o escultura, ha de estar á la satisfacción de el facultativo que nombrasen el Sr. Cura y Fabriquero desta Iglesia», acabándose en el plazo de cuatro meses (14).

EL ESCULTOR PEDRO FEDERICO

Aparte del interés de novedad, lo más digno de atención es el hecho de que aparezca el nombre de Pedro Federico, que realizó luego la escultura del grupo puesto sobre la puerta mayor de Santa Eulalia, representativo de la apoteosis de la Mártir. Conocida es la confusión de Baquero, puesta en claro por Espín, al apellidar caprichosamente DUPART al D. Juan Federico mentado por Ceán en su «Diccionario» (15). El Juan Federico fué un escultor que nada tenía que ver con el marsellés, y Pedro Federico es un hijo suyo del que no se conocían más obras que el angelote del florón en la cúpula de Santiago, de Lorca, destruido en el incendio del 30 de abril de 1911 (16).

Sólo quedan de Pedro Federico, que según parece cultivó especialmente la escultura en piedra, el gran relieve muy deteriorado puesto sobre la fachada principal de Santa Eulalia de Murcia, y el no menos grandioso de San Antolín que exornaba la airosa portada de su derruido templo en esta ciudad, hoy colocado en el que ha de ser altar mayor del nuevo que se reedifica en su solar. La técnica escultórica lo revela de modo concluyente, y la fecha de construcción de ella (1777) lo confirma; el magnífico relieve representa uno de los milagros del joven Antonino o Antolín: aquel que relata el martirologio, según el cual, cuando predicaba en un paraje árido y seco, él y sus oyentes comenzaron a sufrir el tormento de la sed, y advertido que fué por el Santo, después de

(13) Ximénez Aranda, fol. 367.

(14) Idem, fol. 322 del año 1765.

(15) II, pág. 78.

(16) Sobre Pedro Federico, V. «De los escultores Juan Federico, Pedro Federico y Antonio Dupar», por J. Espín (notas por Ibáñez García), en «Bol. del Museo P. de Bellas Artes»; Murcia, 1927, núm. 6.



alzar sus ojos al cielo, hirió con su báculo en la tierra y brotó un venero de linfa purísima con la que apagaron su ardor cuantos allí estaban reunidos. En la obra escultórica, el bienaventurado viste dalmática y manípulo y hace movimiento de golpear una roca de la que cae un chorro de agua transformado a sus pies en caudalosas ondas, en las que llenan sus ánforas un anciano y una mujer; a su derecha, cuatro personajes—un varón, dos mujeres y un niño—revelan en sus expresiones la admiración, y a la izquierda del Santo un grupo de iguales número y composición (la mujer joven amamantando a un pequeñuelo y con otro a sus pies), recibe el agua en actitud fervorosa. La parte superior de la escena, desde la mitad de su superficie presenta a un gracioso ángel de elegantísimos paños, que desciende con la palma del martirio en su mano derecha y un manojo de flores en la otra, acompañado de siete querubines, cinco entre nubes bajo él y dos colocados entre sus alas extendidas, que, con aquel par de seres angélicos están dentro del arco cercano al medio punto que encierra el remate de la escultura. La obra descubre en su autor una personalidad artística no frecuente y el dominio de los recursos técnicos propios del barroquismo; salvo la figura del titular, colocada en actitud serena y recogida, el resto de las que forman la composición están animadas de movimientos que las obligan a estar en posiciones de difícil ejecución admirablemente resueltas. El ángel que desciende está esculpido en hábil escorzo, así como las figuras del primer término, casi exentas mientras que las de los últimos disminuyen su bulto.

El relieve, al ser desmontado en 1936 para depositarlo en un patio, dividido en cuatro piezas de que consta, sufrió dolorosas mutilaciones. Como tantas otras obras lapidarias de Murcia, también fué atribuido al «Juan Federico Dupart» que inventó—y no en su sentido etimológico—D. Andrés Baquero.

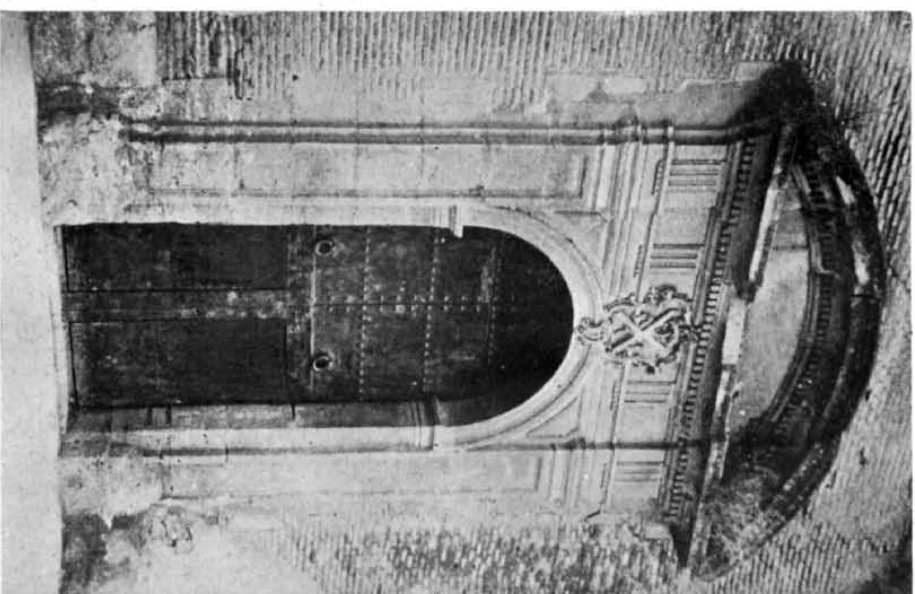
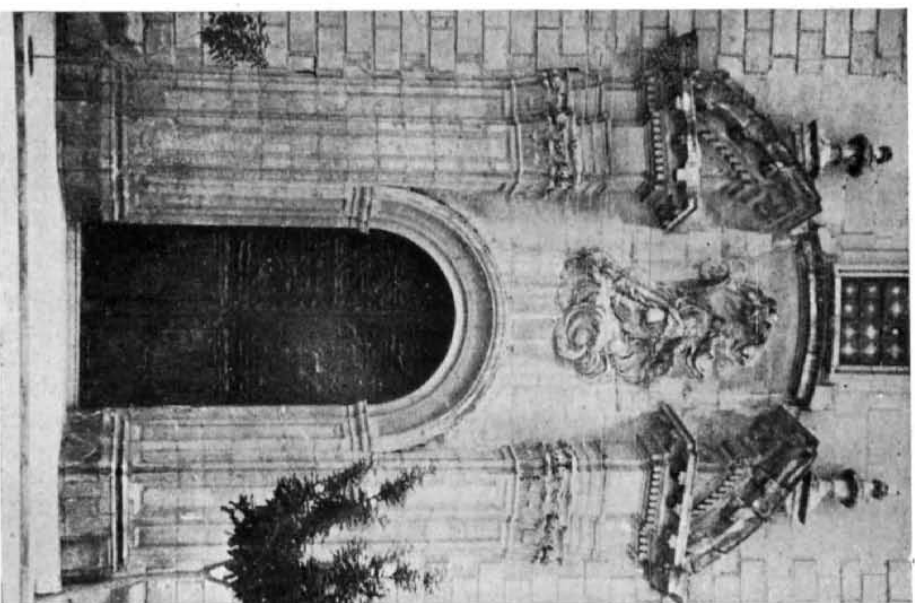
Sobre quién pueda ser este Pedro Federico, hijo de Juan Federico, ningún dato puede aportarse por ahora. Tengo por seguro que se formó con su padre, al que creo autor del zócalo de la imafrente catedralicia murciana—medallones y decoración rococo—, y cuya mano no se observa más allá de dicha concreta intervención. En cuanto a su progenitor y maestro, puede que sea, efectivamente, el escultor flamenco aludido por Morote (17) que llegó a estas tierras «tunando», educado sin duda entre el grupo de escultores de Versalles orientados por la tendencia flamenca en contraposición a los maestros de pura cepa gala; quizá sea alguno de los catalogados por St. Lami (18) si es que llegó a tener personalidad propia antes de andar por España.

La identificación de Juan Federico con Antonio Dupar, cuyo apellido adjudicó Baquero al primero—hecho aclarado por Ibáñez García en sus «Notas» al citado artículo de Espín—, dió lugar a atribuir al marsellés la magnífica efígie del titular de la iglesia de San Juan Bautista, de Murcia, mantenido erróneamente hasta el día. El estudio publicado por el archivero-bibliotecario de Marsella Mr. J. Billioud (19), nos da a conocer que no se estableció en Murcia hasta 1721 y abandonó dicha ciudad a finales de 1730 o principios de 1731. La

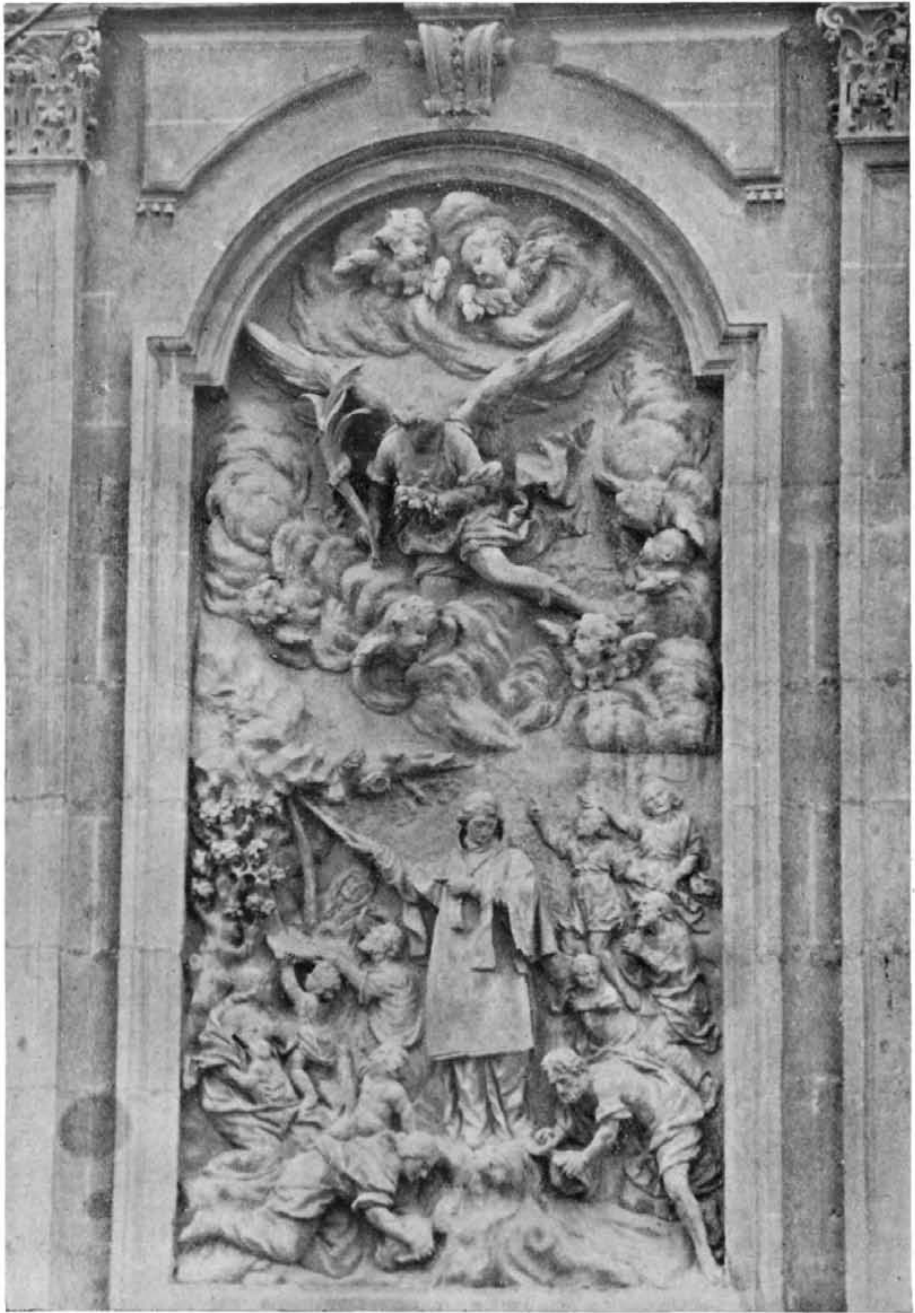
(17) «Antigüedad y blasones de Lorca», pág. 193.

(18) «Dictionnaire des sculpteurs français sous le regne de Louis XIV». París, ed. de 1906 y 1910. Adiciones 1911.

(19) «Un sculpteur marseillais nomade au XVIII^eme. siècle: Antoine Duparc (Provence, Spagne, Normandie)», en «Bulletin Officiel du Musée du Vieux Marseille»; Marseille, 1936, págs. 1-21 y 165-187, 1 fig. 22 láms.



Portadas principal (occidental) y lateral (norte) de la iglesia de Santa Eulalia, Murcia, obras del arquitecto Pedro Moreno. El relieve de la primera, de Pedro Federico.



Gran altorrelieve de la destruida fachada principal de la iglesia de San Antolín, en Murcia, obra que, por sus características, puede atribuirse al escultor Pedro Federico

imagen del Precursor, según vió Ibáñez, figura citada en las cuentas de fábrica parroquiales de 1718 a 1720, sin alusión a su autor, lo cual descarta la posibilidad de que lo fuera Dupart, pues entonces todavía no habría llegado a Murcia, y, por supuesto, que no la llevaría consigo ni cabe pensar en encargo hecho en Francia, entre otras razones porque sólo tenía veintitrés años—nació en 1698—, edad en que aún no es fácil, por muy famoso que fuera, sonara su nombre tan lejos de su localidad natal.

Y, como ésta, mucho de lo desconocido se ha endosado al artista marsellés por puro capricho, unas veces llamándole como el autor de los «Profesores de Bellas Artes Murcianos» y otras sólo por su apellido. Pero, en definitiva, bien claras están las personalidades de ambos artistas, aunque de los Federico no se tengan detalles biográficos ni otras obras que permitan construir un estudio cual merecen, siquiera sea juzgando por lo poco conocido, auténtico, de uno y otro.

José SANCHEZ MORENO